Un pacto con Dios



CONOCÍ AL HERMANO Pedro hace diez años. En una vieja camioneta se dedicaba a vender artículos de papelería a domicilio en las comunidades del Estado de México. Algunas veces nos visitaba y cuando se le hacía tarde se quedaba en casa. Hablábamos, entre otras cosas, acerca de su trabajo y me decía que cada vez estaban más difíciles las ventas.

Para ese tiempo fui a estudiar al seminario y dejé de ver al hermano Pedro y a su familia por varios años. Seis años más tarde, Dios nos dio el privilegio de pastorear un distrito en el Estado de México.

En cierta ocasión, recorriendo las iglesias de mi distrito, encontré que en una de ellas la tesorera era la esposa del hermano Pedro. Nos dio mucha alegría volver a encontrarnos, aunque ahora en diferentes condiciones: Pedro y su familia eran dueños de una gran papelería y un centro de rentas de computadoras con Internet, tenían tres ayudantes y se notaban completamente satisfechos con su negocio. Ellos habían hecho un pacto con Dios haciéndolo su socio, con esta promesa: «Señor, nosotros ponemos el poco material que tenemos y las ventas totales del día en que abriremos la papelería serán para tu iglesia». Así fue como iniciaron su pequeño negocio con Dios como socio y con unos cuantos artículos, pero con su fe puesta en el Dueño de todo.

El negocio fue prosperando de manera que cada año, en el día del aniversario de la apertura de la papelería, traían a la iglesia el total de la venta de ese día. En tono de broma me dijo un día el hermano Pedro:

— Pastor, estoy asombrado porque vendemos mucho y veo que cuando llega el día que dedicamos las ventas a Dios, estas se multiplican.

Ciertamente hacer de Dios nuestro socio es el mejor negocio. Hagamos la prueba, y los resultados nos asombrarán.

Pr. José Luis García López
Ministerios Personales
Misión del Istmo
Unión Interoceánica, México